

PERSONAJES

PENSAMIENTO

La primera biografía de Alfonso V el Magnánimo se editó en la imprenta valenciana de Joan Joffre en el año 1527

El rey que estimaba los libros

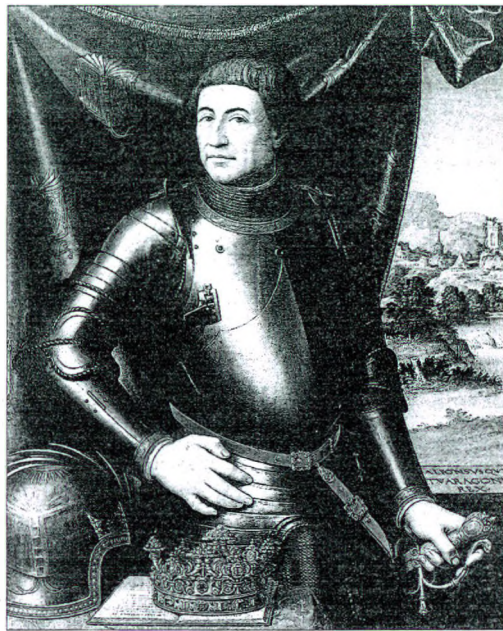
Manuel Bas Carbonell

Es conocida la afición de Alfonso V el Magnánimo por los libros: en 1417, antes de emprender su primer viaje a Italia, poseía sesenta y un volúmenes, cantidad importante para aquellos tiempos. Alfonso consiguió formar, primero en Gaeta y después en Nápoles una gran biblioteca de Estado, ubicada finalmente en Castelnuovo, compuesta por 2.500 volúmenes y dotada de 20.000 ducados anuales. Biblioteca aumentada por sus sucesores hasta que los volúmenes fueron heredados por el duque de Calabria y parte de los mismos enviados a Valencia conservándose en la Biblioteca General Universitaria, verdadero tesoro bibliográfico catalogado por el profesor José Alcina Franch, quien antes de morir aún pudo ver publicada su tesis doctoral en los tomos editados por la Biblioteca Valenciana, con mis notas y actualización que el emérito catedrático, me solicitó añadir.

Alfonso V logró reunir a su alrededor a los grandes humanistas de la época, como Lorenzo Valla, Bartolomé Fazio, Pando-ne, Piccolomini, Pontano y su asesor cultural Antonio Bacca-delli el Panormita. Corte napolitana donde también participaron sus coetáneos Ausias March y Joan Martorell.

Ahora, cuando se celebra el 550 aniversario de la muerte del Magnánimo es conveniente recordar que mosén Beccadelli el Panormitano, en 1455, en Nápoles, tres años antes de morir el Magnánimo, escribió en latín la primera biografía del Monarca, con el título *De dictis et de factis Alfonso Regis* que tradujo al castellano Juan de Molina y salió en 1527 de la prestigiosa imprenta valenciana de Joan Joffre con el título de *Libro de los dichos y hechos del Rey don Alonso nuevamente traducido*, libro que en su tiempo alcanzó gran éxito ya que era la primera biografía del Magnánimo cuando aún estaba vivo, a cargo de su fiel servidor Beccadelli que pasó la vida al servicio del Alfonso.

El Panormita en este libro nos relata el amor de Alfonso por las letras, tanto era su pasión por los libros que en el fragor de las batallas, entre banderas y gallardetes militares, sobresalía la insignia de Alfonso V, que «traía por divisa un libro abierto», con la inscripción *Vir sapiens dominabitur astris*. La tarde anterior a la confrontación reunía en su tienda de campaña a sus oficiales y les leía a Séneca, Julio Cesar y Tito Livio, libros que guardaba debajo de la cama, como dice el Panormita, «sabemos que dormía el Rey con los libros debajo de la cama y cuando despertaba al amanecer pedía lumbre para seguir leyendo». Beccadelli describe una tarde real en Messina: «*Toda la comitiva, el rey, cortesanos, hom-*



RETRATO. Alfonso V de Aragón, visto por Juan de Juanes.



III
Quando se cumplen los 550 años de la muerte del monarca, conviene recordar la biografía que el Panormitano escribió en 1455

bres de letras, ciudadanos e incluso muchachos de extracción humilde se reunían para escuchar la lectura de Virgilio. Una vez concluida, se servían bebidas, frutas y pasteles. Después se continuaba con la discusión de algún tema filosófico».

Pocos monarcas alcanzaron el grado de conocimientos y cultura de Alfonso V el Magnánimo, un amor que compartía con las mujeres, especialmente por su querida Lucrecia d'Alango: «*Parecía al Monarca que siendo la mujer el solaz del matrimonio y la consolación de los libros todo se puede gozar junto».* Su ani-

mo era remediar la ignorancia de la época, lamentándose de los «*quinientos años y más que los españoles estaban separados del ejercicio de las letras».* En su pasión por los libros llegó a afirmar que «*prefería perder un reino antes que uno de sus libros».* Mientras su primo castellano Juan II reducía a cenizas la biblioteca de Enrique de Villena, la más refinada del reino, «*Alfonso muy al contrario, hubiera convertido todo su reino a una biblioteca».* llegando a prohibir la salida de libros de la corona de Aragón.

El Panormita no sólo cantó la afición del bibliófilo-rey, sino que se encargó de divulgar sus virtudes de magnánimo, prudente, sabio, justo, estudioso y piadoso, entre otros adjetivos, contribuyendo a propagar la magnificencia de Alfonso V.

Pues bien, el único original en Valencia proviene de mis fondos, y actualmente se conserva en la Biblioteca Valenciana, — otros dos libros se conservan en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca de Cataluña. Es un libro original de 1527, el cual una importante editorial valenciana publicó en facsimil hace años, con el comentario científico en la revista *Bibliofilia Antigua* a cargo de María Cruz Cabeza Sánchez-Albornoz, directora de la Biblioteca General Universitaria.

Ante los próximos homenajes, exposiciones y libros a publicar al respecto sobre la vida y la obra de Alfonso el Magnánimo, espero que tengan en cuenta este raro ejemplar que tanto contribuyó a la leyenda de magnanimidad de Alfonso V, que se conserva en la Biblioteca Valenciana.

A. Defez revisa las tesis sobre el sentido de la música que sugirió Wittgenstein

Escuchar y hacer



Antoni Defez

Música i sentit

El cas Wittgenstein

Pub. Universitat de València, 2008

Antonio Cabrera

No resulta infrecuente detectar en la pequeña nebulosa de los lectores no profesionales de filosofía cierto desdén por las publicaciones de origen o carácter académicos. Parece como si las exposiciones o los análisis eficaces de lo pensado por otros — los clásicos, los filósofos de primera línea — carecieran no ya de valor para la auténtica reflexión filosófica, sino del atractivo — a veces también literario — que se supone a las mejores obras de filosofía creativa, esto es, a esas brillantes ocasiones en que un pensador consigue expresar ideas propias, no únicamente un tejido de pensamientos ajenos.

El desdén aludido suele ser, sin embargo, resultado de un prejuicio, acaso de un vicio lector que esconde buenas dosis de mitificación derramadas sobre esas ideas propias, cuyo merecido prestigio no debería, con todo, suponer desprecio para la labor de conjugación de elementos filosóficos ya antes propuestos. En filosofía, la verdadera creación es excepcional. La interpretación, en cambio, representa la actividad más habitual de los filósofos. Ahora bien, alcanzar la excelencia en esta última está en la mano de muy pocos, porque pensar de forma valiosa mientras se manejan ideas de otros es muy difícil empresa. La buena exégesis, cuando muestra robustez e inteligencia, aproxima a quien la ejercita a la filosofía de ideas originales, genera incluso la sensación de que lo expuesto es inédito, en función de un fluctuar admirable por cuya virtualidad lo interpretado parece ir de los enfoques disponibles a la novedad.

Antoni Defez, poeta y profesor titular de filosofía en la Universitat de Girona (recientísimo ganador además, con *Realisme i nació. Un assaig de filosofia impura*, del Premi Joan Fuster, el galardón que se otorga al ensayo en el marco de los Premis Octubre), ofrece en *Música i sentit. El cas Wittgenstein* un ejemplo de lo que acabo de apuntar. Por así de-

cirlo, en este breve volumen se hace del natural existente — el planteamiento wittgensteiniano en torno a la música — un retrato interpretativo al mismo tiempo fiel y lleno de particular viveza reflexiva.

Se nos advierte en nota inicial que el ensayo consta de dos partes autónomas pero complementarias. Así es, pues en la primera de ellas el problema central, el significado de la música, es abordado a través de un examen muy clarificador de su desarrollo a lo largo de la estética musical del XIX y del XX, caracterizado por la pugna general entre el formalismo y el expresivismo, con sus respectivas conclusiones, que trasladan la semántica de la música al terreno de lo metafísico o al de la emotividad. Defez pasa a exponer de inmediato la alternativa a ese dilema, y lo hace siguiendo en principio a Rogen Scruton, quien impone a la lente del problema el giro hacia un nivel más epistemológico, al ocuparse del significado en la música. La cuestión es que Scruton, y de ahí la conexión de esta primera parte con la segunda, echa mano de las tesis que sobre la música y su sentido sugirió Ludwig Wittgenstein en escritos de su segunda época.

Para el filósofo austriaco la música no existe por sí misma, más bien se trata de una entidad u objeto intencional, es decir, algo que es percibido como música. Por medio de su percepción los humanos convertimos los sonidos en arte musical. Y somos capaces de entenderlos así gracias a que la música es una manifestación vital para la que tenemos aptitud natural, dado que en nuestra naturaleza la acción posee un carácter espontáneo, creador y simbólico. De hecho, el significado de las obras musicales — y de cualquier otro arte — no apuntaría a nada metafísico ni se alimentaría sólo de contenidos emocionales (que no obstante lo acompañan siempre), sino que residiría en nuestra capacidad de hacer expresivamente algo con los sonidos (añadir gestos, decir cosas, bailar...), en vínculo con condicionamientos culturales. La música, entonces, tiene sentido o significado mientras podemos realizar con ella alguna acción expresiva. En esta posibilidad de actuar se encuentra su límite como ente artístico. No hay música, no hay sentido, por tanto, cuando los sonidos entendidos como musicales dejan de incitarlos a usarlos, a expresarnos activamente con o a partir de ellos.

En la inabarcable bibliografía sobre Wittgenstein no abundan los estudios sobre su concepción de la música. Este breve ensayo de Antoni Defez — claro, matizado y riguroso — aporta la maestría en el análisis conceptual de una cabeza magníficamente dotada para la ardua tarea de pensar explicando e interpretando.